



El mestizo Rubén Darío

Si en alguien el mestizaje adquiere su plena dimensión universal y nos muestra sus potencialidades creadoras y renovadoras es en Rubén Darío, cuya misma personalidad tenía cierta grandeza y dignidad de enorme indio chorotega. Esta apariencia física, lejos de crearle sentimientos de inferioridad, le llenaba de legítimo orgullo. Rubén afirmaba tener sangre de indio chorotega o nagrandano, a despecho de sus manos de marqués. En "El viaje a Nicaragua", al observar una mujer india en Nindirí, escribe: "A la puerta, o en pequeños corredores delante de ella, ví algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco". Y cuando en una infortunada ocasión don Miguel de Unamuno dijo que a Darío. "Se le veían las plumas de indio debajo del sombrero", nuestro colosal mestizo reaccionó, a lo que podía ser un desprecio, respondiendo dignamente en célebre carta: "Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo"...

La simbiosis cultural que engendró el mestizaje da la razón a quienes sostienen que lo que tuvo lugar en América no fue ni la permanencia del mundo indígena ni la prolongación de Europa. "Lo que ocurrió fue otra cosa, nos dice Uslar Pietri, y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo". Simón Bolívar, quien sostenía que "es imposible asignar a qué familia humana pertenecemos", es otro singular exponente del mestizaje. No era indio ni español. Era venezolano, es decir, indohispanoamericano. Incluso don Benito Juárez, quien era un indio puro zapoteca es culturalmente un mestizo, un mexicano, sin renegar de sus ancestros indios.

Rubén Darío fue el primero y más persistente en el propósito de rescatar el "otro lado" de nuestro ser, el lado aborigen y su aporte al enriquecimiento de nuestra cultura. En su ensayo "Rubén Darío y la aventura literaria del mestizaje", Pablo Antonio Cuadra sostiene que fue Darío "el primer valor que en la corriente de nuestra literatura culta, no sólo señala lo indio como fuente de originalidad y de autenticidad literaria, sino que proclama en sí mismo -contra todos los complejos y prejuicios de su tiempo- el orgullo de ser mestizo".

Su poema "Tutecotzimí" es, al decir de Pablo Antonio Cua-

algo aún más profundo y significativo: la influencia del habla indígena, concretamente de la tendencia a la acumulación de sentencias, propia de la sintaxis nahuatl, en la manera de versificar de Darío. Hay, pues, como lo ha observado el mismo autor, un "nahuatl oculto en la lengua de Rubén, que le permite producir una fecunda innovación en la poesía en lengua castellana". Tal es el caso de uno de sus famosos Nocturnos, donde cada verso es una sentencia y el poema una suerte de enumeración de sentencias.

Pero, para ser auténticamente mestizo, Rubén tenía que ser también español: "Soy un



Rubén Darío

dra, "la primera incorporación del indio a nuestra poesía nicaragüense, y esa incorporación la realiza para elaborar un mensaje contra la tiranía, la violencia y la guerra". Pero hay

hijo de América, soy un nieto de España"... había dicho en su invocación a los cisnes. Y cuando se propone definirse se proclama "Español de América y americano de España". En am-

bos casos, no es el indio ni el español quien canta en su poesía, es "el extraño pájaro tropical". Su condición de mestizo no le impide cantar a España, hasta el punto de que los vibrantes hexámetros de su "Salutación del optimista" están reconocidos como "el más hermoso canto tributado a la estirpe hispánica", al decir de Guillermo de Torre. O, mejor aún "el homenaje más grande hecho por la América joven a la España eterna", según la máxima autoridad de la crítica literaria española, Marcelino Menéndez y Pelayo.

En Darío el mestizaje alcanza su máxima expresión, su más alta cima. Siglos después del arribo de Colón a tierras americanas, el mestizo nicaragüense Rubén Darío conquistó a España con su poesía deslumbrante "en una forma más absoluta que la conquista de México por Hernán Cortés, asegura Germán Arciniegas. Darío conquistó a España por la fuerza del espíritu". "Rubén Darío, sostiene Alfonso Reyes, desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma esperanza".

Darío y la Política

Desde muy joven Rubén abominó la politiquería, a la cual calificaba como "ese tremendo hervidero de la pasión política" que podría contaminarlo todo, incluso el arte mismo.

Si bien Rubén nunca militó oficialmente en ningún partido político, ideológicamente, como hombre avanzado de su época se identificó con el pensamiento liberal de fines del siglo XIX, que por entonces encarnaba los ideales más progresistas. Sin embargo, en un artículo publicado bajo el título "Unión liberal", firmado bajo el seudónimo "Tácito" en el "Diario de Centroamérica" (Guatemala, 11 de junio de 1891), Darío escribe: "...Como liberal sincero propongo a mis correligionarios: que nuestro partido imite... a los partidos de los países adelantados en prácticas políticas". El mismo Rubén nos dice que nunca le interesó el activismo político. Ciertamente, no fue un político, en el sentido criollo de

la palabra. Esto no significa que menospreciara la política, como preocupación ciudadana por los altos destinos de la Patria y el bien común.

En el Discurso del Retorno (León, 1907), Rubén consideró necesario recordar a sus conciudadanos que él, alejado de las disensiones políticas, había luchado y vivido, no por los gobiernos, sino por la Patria, y agrega: "si algún ejemplo quiero dar a la juventud de esta tierra ardiente y fecunda, es el del hombre que desinteresadamente se consagró a ideas de arte, lo menos posiblemente positivo y después de ser aclamado en países prácticos, volvió a su hogar entre aires triunfales".

Rubén creció y se formó, ideológicamente, en una atmósfera dominada por el pensamiento liberal centroamericano finisecular, una de cuyas características era la vocación unionista, la pasión por reconstruir la patria centroamericana. El otro ingrediente, propio del liberalismo nicaragüense de entonces y que lo distingue del liberalismo de los otros países del istmo, fue la relación ambivalente con el "Coloso del Norte", los Estados Unidos, visto, a la vez, como modelo de democracia y progreso y como potencia invasora, entrometida en los asuntos internos de Nicaragua. Esta ambivalencia es visible también en la obra de Darío y de otros intelectuales nicaragüenses.

El liberalismo de Rubén, salvo en una etapa de su juventud, nunca fue radical ni se contrapuso a sus creencias cristianas. Darío logró conciliar su fe cristiana con su opción ideológica liberal. Su liberalismo era la expresión de su fe en el progreso, la justicia, la libertad y la perfectibilidad del hombre. Su nunca desmentido cristianismo transformó la fraternidad liberal en el amor a nuestros semejantes, como el más alto principio inspirador de la conducta humana y social, lo que condujo a Rubén a rechazar el liberalismo económico puro que se rige por las leyes ciegas del mercado y a abrazar un humanismo a la vez liberal y cristiano, sintetizado en su estupenda frase: "La mejor conquista del hombre tiene que ser, Dios lo quiera, el hombre mismo".

Pasa a la Página 14